

Serafín J. García

*Estampas del
Montevideo Colonial*



SAR
9



BANDA ORIENTAL

*Estampas
del Montevideo
Colonial*

Serafín J. García

Con Ilustraciones de
César Hipólito Bacle (1833)

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
Montevideo

Serafín García (1908-1985), oriundo del departamento de Treinta y Tres, tuvo un inmenso éxito con su primer libro, *Tacuruses* (1935), colección de poemas de tema y léxico rural que marcó un mojón en el desarrollo de la poesía criollista. Posteriormente publicó otros libros de poemas y varias colecciones de cuentos. Con el seudónimo de Simplicio Bobadilla cultivó también la literatura humorística, dentro de la cual se destacan *Los partes de Don Menchaca* (1957). Incursionó también en la literatura infantil, con *El totoral* (1956) y una versión para niños de *Las aventuras de Juan el Zorro*. Los relatos que hoy se publican forman parte de su libro *Estampas Uruguayas* (Ediciones Ciudadela, 1971).

Diseño de tapa: Andrea Abella

ISBN 9974-1-0076-3

©

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

Gaboto 1582 - Tel.: 408 3206 - Fax: 409 8138

11.200 - Montevideo

E-mail: ebo@chasque.apc.org

Queda hecho el depósito que marca la ley

Impreso en Uruguay - 1999

El Panadero

—¡Hogacitas calientes a vintén!

Antes de que la voz del mulatillo Lindoro —que aunque infantil todavía, estaba ya comenzando a mudar de timbre— se extendiera por la calle de San Pedro, las criadas de buen olfato solían enterarse de la proximidad del muchacho por el olor apetitoso del pan que él repartía a domicilio, y que gozaba justa fama de ser el mejor entre cuantos elaboraban, por entonces, las panaderías de San Felipe y Santiago.

Muy raras veces tenía necesidad el vendedor de llamar a la puerta de las viejas casonas coloniales, puesto que a su llegada ya estaban aguardándolo, cobres y servilleta en mano, las dicharacheras negras de la servidumbre, quienes, por el purísimo gusto de hacerlo enojar, complacíanse casi siempre en señalarle defectos a aquel pan de reconocida excelencia.

—Hoy se te chamuscaron las hogazas, Lindoro.

—Ayer me vendiste un mazacote crudo que hubo que darlo a los perros.

Protestaba el mulatillo con su voz cambiante, ora atiplada, ora grave. Y las traviesas negras, logrado su propósito, reíanse a carcajadas y se hacían entre sí disimulados guiños de connivencia.

—¡Sabrosas las hogazas de a vintén o dos vintenes!

Con su burrito gris de tiro —no le valía la pena montarlo porque tendría que apearse cada pocos metros— continuaba calle abajo Lindoro, repartiendo hogazas y cosechando monedas de cobre, gruesas y pesadas.

De ambos costados del pollino sobresalían las redondas árganas, que el tranco del animal por sobre el empedrado desparejo y lleno de baches balanceaba de continuo.

—¡Hogacitas calientes y sabrosas!

A veces de algún portón entreabierto, escapando a la vigilancia de sus amos o padres, salía un negrito atraído por la fragancia tentadora del pan.

—Dame un pedacito para probar, Lindoro.

—No puedo. No son míos.

—Te lo cambio por esta cuenta verde.

Y al decir así entreabría la palma de la mano, dejando ver un abalorio de color esmeralda, hallado quién sabe dónde.

—¿Y quién lleva por mí la soba que me dará mi amo cuando vuelva?

Desalentábase el pedigueño ante aquel argumento inesperado. Y se quedaba contemplando a Lindoro con expresión tristísima.

Entonces éste, conmovido, partía una hogaza de las chicas y le obsequiaba un trozo al negrito, sin acordarse para nada de la cuenta verde.

Y en tanto lo veía alejarse masticando a boca llena, resplandecientes de júbilo los ojos, palmeaba el pescuezo del burrito, mudo testigo de la tierna escena, al cual daba luego el resto de la hogaza, no sin haber reservado para sí un pedazo.

—Era el pan de nosotros, Bonito —le decía—. No te enojarás porque haya regalado una parte. Tú también eres bueno, ¿no es cierto?

El animal lo miraba como si entendiera y aprobara lo hecho. Y Lindoro, tranquilizado entonces, seguía su trayecto pregonando:

—¡Hogazas a vintén y dos vintenes! ¡Me quedan pocas!
¡Y están de rechupete!

Las árganas eran aliviadas de su peso en forma alterna, para evitar desniveles. Y si Lindoro olvidaba hacerlo así, “Bonito”, al sentirse incómodo por causa de la carga despareja, solía empacarse en la calle, dando lugar

a aglomeraciones de público y a cuchufletas de variado gusto.

Mucho antes de las nueve de la mañana había agotado ya el muchacho la mercadería. Y saltando entonces sobre el lomo del burrito trotaba rumbo a la Panadería del Sol, en la calle de las Bóvedas, a rendirle cuentas de su trabajo a don Manuel Estévez, el rozagante gallego dueño de aquel acreditado y próspero establecimiento.

—Veinticuatro hogazas grandes a dos vintenes y cincuenta chicas a vintén. Bonito y yo comimos la que era para nosotros. Cuente las monedas, mi amito, a ver si falta alguna.

—¡Qué ha de faltar, chiquillo, si tú nunca te equivocas!
—respondía sonriendo el panadero.

Pero sin embargo, comerciante al fin, contaba y recontaba minuciosamente aquel puñado de cobres que Lindoro acababa de entregarle.



El boticario

En el cruce de las calles San Pedro y San Vicente, sobre la esquina noroeste, estaba la botica de don Luis Guzmán, una de las mejor reputadas entre las pocas que por aquella época –los comienzos del siglo XIX– tenía la pequeña ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo.

Pero aparte de su reputación de casa seria –que justificaban la idoneidad de don Luis en el conocimiento y suministro de las drogas que vendía y su nunca desmentida honestidad personal–, gozaba fama aquel comercio de ser el más surtido de plaza.

Cuanto artículo más o menos afín con el ramo de su negocio hubiera sido posible imaginarse, se habría encontrado de fijo en las amplias estanterías de “La Estrella” –que era el pomposo nombre del comercio–, mezclado con los ungüentos a base de creosota y lanolina, con las amargas y purgativas hojas de sen y –¡cuándo no!– con los jarabes de guaco y cambará, de tolú o de ipecacuana, cuya eficacia nadie era capaz de discutir por entonces. Y no faltó quien afirmara que el hoy popularísimo refrán “hay de todo como en botica” no nos vino de España, como la gente cree, sino que tuvo su origen en el negocio de Guzmán, siendo al principio así: “Hay de todo como en la botica de don Luis”, y haciéndose extensivo más tarde a los otros comercios del ramo.

Todo el santo día –si el tiempo era bueno– se pasaba el boticario hamacándose en un sillón de alto respaldar y fumando toscas tagarninas de apestoso olor, que alternaba con el polvo de rapé, su otro inocente vicio, estornudando sin ningún recato tras cada narigada, pues gustábale alardear de la fortaleza de sus pulmones.

Y como tenía el curioso hábito de sorber la pulgarada

de rapé a cada hora justa, y sus sonoros estornudos se oían a treinta metros a la redonda, el vecindario lo utilizaba a manera de reloj humano, más exacto a veces que el de la Matriz.

—Estornudó don Luis. Son las cinco—solía oírse decir en el contorno. Y eran, efectivamente, las cinco de la tarde.

La toma del rapé constituía para el buen boticario una especie de sagrado e impostergable rito, que él gustaba officiar con un aire a la vez solemne y parsimonioso. Extraía lentamente del bolsillo la cajita de nácar con incrustaciones de oro, la miraba y remiraba haciéndola girar entre sus manos, y tras de abrirla y aspirar fruitivamente la porción de rojizo polvillo, sujeta con una delicadeza suma entre el pulgar y el índice, volvía a cerrar y a guardar el estuche con la misma actitud espectacular. Luego venían los tremendos estornudos y los consiguientes alardes salutíferos, si es que había alguien presente.

Y si ese alguien era algún marchante, pues que esperara, ¡qué diantre! Don Luis no interrumpía la toma de rapé para atender con prontitud a nadie, así se tratara del más empingorotado personaje de la población.

Aparte de alguna sangría que hubiera que hacer de urgencia—y para la que él tenía siempre bien afilada y limpia la lanceta metálica—, o de alguna entablilladura de huesos rotos—que en eso el boticario era diestro como casi todos los de su oficio entonces—, la vida de don Luis transcurría con plácida serenidad. Abría “La Estrella” a las seis de la mañana en verano, y a las ocho en invierno, y salvo el pequeño intervalo destinado al almuerzo y la siesta, mantenía abierta hasta que los faroleros comenzaban a encender las amarillas luces del alumbrado público. Entre rapé y tagarninas, despacho de sinapismos y purgantes, además de algún que otro lancetazo a un cardíaco o algún ajuste de rótula, transcurría la jornada.

Y por la noche, en la trastienda, una partida de dominó o de tresillo con los dos infaltables contertulios; el tendero de la calle San Sebastián, don Manuel Vargas, y el panadero del Portón Nuevo, don Pedro Otero, españoles también los dos –y andaluces como don Luis, por añadidura–, lo que determinaba que aquellos juegos acabaran en discusiones estrepitosas sobre los tópicos más diversos, que por repetidas ya no llamaban a nadie la atención.

¡Ah, eran buenos tiempos, sin duda, aquellos en que don Luis Guzmán tenía instalada en la esquina de San Vicente y San Pedro su botica “La Estrella”!

El pulpero

–Buenos días, don Paco.

–Mejores los tenga usted, don Ramón.

Y al contestar al invariable saludo cotidiano de su primer marchante, con aquellas seis palabras suyas invariables también, ya estaba el viejo comerciante aragonés sirviendo el habitual cuartillo de ginebra que el otro habría de beberse a sorbos pequeños y espaciados “para asentar el desayuno”, según su propia y espontánea aclaración.

En la calle San Gabriel, muy cerca de la esquina de San Juan, alzábase el antiguo caserón de piedras y argamasa donde don Paco Benítez tenía instalada su pulpería “La Zaragozana”.

El establecimiento era uno de los mejor surtidos con que contaba Montevideo a principios del siglo XIX. A través de los barrotes de la amplia reja veíanse los estantes atiborrados de mercaderías: grandes frascos con especias de llamativos colores; cajones de pasas de higo o dátiles prensados; garrafas de excelentes vinos peninsulares; porrónes de ginebra; piezas de zaraza y de percal. Del renegrido tirante de lapacho colgaban bozales, frenos, rebenques, guitarras, maletas listadas y mil cosas más. Y en el piso, hecho con tierra de cupí, apeñuscábanse los tercios de yerba, de azúcar, de arroz, alternando con las avellanas, las castañas, la mazamorra, los garbanzos y las sabrosas galletas de Numancia, cuidadosamente acondicionadas en los envases de origen, unas enormes latas cuadrangulares con el frente de vidrio, para que la mercadería pudiera estar a la vista y tentar así al parroquiano irresoluto, decidiéndolo a adquirirla.

Aseguraba con mucho aplomo y mayor énfasis don Paco, que su establecimiento era el más antiguo del ramo

entre cuantos funcionaban por entonces dentro de la amurallada ciudad. Pero a ese decanato se lo disputaba la pulpería de los vascos Chopitea, ubicada una cuadra más al Sur, en el cruce de San Juan y San Carlos, que habíase inaugurado también en la penúltima década del siglo XVIII, exactamente en el mismo mes y año que “La Zaragozana”.

Y cuando algún chusco sentía deseos de divertirse un rato a expensas de Benítez, bastábale con promover aquel tema e insinuar que, salvo infidelidad de su memoria, era “La Vizcaína” –así se llamaba el establecimiento de los Chopitea– la pulpería de mayor antigüedad que había, a la sazón, dentro del contorno urbano de Montevideo.

Porque cualquier alusión en tal sentido, aun cuando fuera hecha entre sonrisas y guiños maliciosos, sacaba inmediatamente de quicio al buen aragonés, que se ponía a vociferar y a gesticular de un modo desaforado, encendida la cara como un pimiento maduro, tensas las venas del cuello y las gruesas cejas erizadas a causa del enojo.

Era la debilidad del pulpero el decanato en cuestión. Y tanto se afanaba en dar explicaciones, en hacer acopio de fechas y de referencias, en invocar hasta el testimonio de vecinos ya muertos, cada vez que se le planteaba aquel asunto, que llegaba por momentos a olvidarse de atender debidamente el negocio, no siendo raro que a quien le solicitara una libra de fariña saliérale pesando una arroba de azúcar, o viceversa, provocando unas veces la protesta del cliente y otras la hilaridad general.

Y se cuenta que muchos aprovechados –que por cierto los había entonces como ahora– solían sacar buen partido de la maniática actitud de don Paco, pregonando aquí y allá su condición de decano para luego ir a solicitarle mercaderías al fiado, que el pulpero entregaba sin muchos titubeos, halagado en extremo por quienes habían sabido tocar su punto vulnerable.

Con las primeras claridades del día, se levantaba Benítez para ir a abrir la puerta de su negocio. Y no había terminado aún de limpiar los vasos y de alinear por orden de tamaño las negras pesas de hierro, cuando ya estaba en la reja don Ramón Lagos diciendo:

–Buenos días, don Paco.

–Mejores los tenga usted, don Ramón.

Y el habitual cuartillo de olorosa ginebra iniciaba cada jornada de labor de “La Zaragozana”.



La retreta

La Banda Militar del Cuerpo del Fijo no era por cierto un dechado de armonía ni mucho menos, pues los escasos instrumentos a viento que la integraban daban la impresión de hallarse siempre mal avenidos entre sí, motivo por el cual, cuando sonaban en conjunto, solían producir un ruido bastante heterogéneo.

Mientras la estridencia de los pistones, soplados a pleno pulmón por dos robustos gallegos, taladraba los tímpanos, los bombardinos apenas si lograban hacer oír sus contracantos abaritonados. Y el ronco bajo, por más que se apresurara, nunca conseguía alcanzar a los trombones veloces y frenéticos cuando éstos le sacaban algún compás de ventaja.

Pero a pesar de tales inconvenientes, las retretas domingueras que aquella Banda ofrecía en la Plaza de la Matriz eran recibidas con verdadero alborozo por la población de San Felipe y Santiago.

Para la gente joven, especialmente, constituían el acontecimiento principal de la semana, ya que permitían a las parejas de novios un paseo al aire libre, y a los que aún no lo eran y aspiraban a serlo, cambiar miradas y sonrisas significativas, que serían seguidas a poco por las palabras iniciadoras del romance, la mayor parte de las veces terminado en casamiento, según las buenas costumbres de la época.

Por eso, desde muy temprano se llenaba la plaza de mozos y muchachas casaderas, éstas acompañadas indefectiblemente por la madre o por alguna tía solterona, siempre dispuesta a propinarles pellizcos o consejos en llegando la ocasión propicia.

Y al hacer su aparición la Banda por la calle de San Carlos, avanzando marcialmente a los acordes de una marcha real, y seguida por una verdadera nube de chiquilines que iba escoltándola desde el propio cuartel, todos los rostros se iluminaban con una sonrisa de aprobación y jubiloso entusiasmo.

Una hora y media duraba indefectiblemente el concierto, período a lo largo del cual los músicos del Fijo, con resultados negativos desde el punto de vista eufónico, pero con muy buena voluntad, agotaban cada domingo su escaso repertorio, consistente en un par de marchitas militares, algo que no se sabía si era minué o gavota, un vals vienés, tres jotas y una “tarantella”.

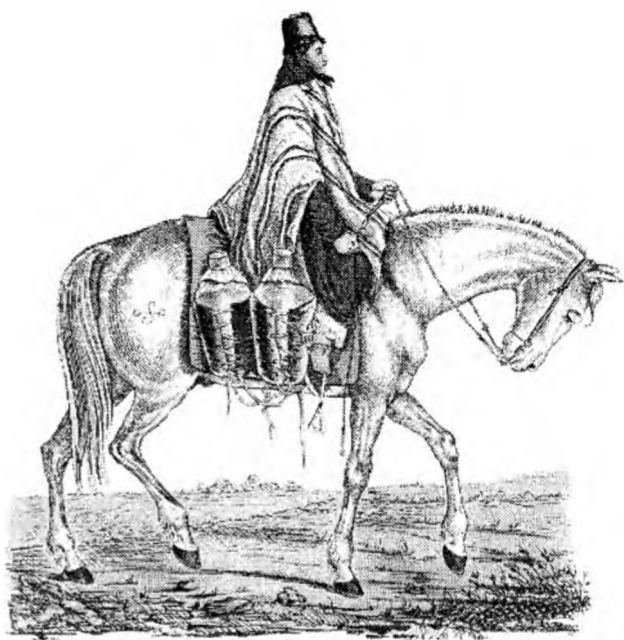
Durante los intervalos entre pieza y pieza, que insumían de cinco a diez minutos, oíase el pintoresco pregón de las negras vendedoras de pasteles y “cocadas”, o el de los santeros que ofrecían a la concurrencia rústicas imágenes talladas en madera por ellos mismos, muchas veces con gran destreza manual, y en ocasiones hasta demostrando una aptitud artística digna de ser cultivada.

Como es fácil suponer, entre aquellas imágenes predominaba la de San Antonio, a la cual, por razones obvias, preferían las mozas que andaban buscando novio.

A veces, al promediar la retreta —“no es de gente importante apresurarse”, pensarían ellos—, hacíanse presentes algunos miembros del Cabildo. Y no era extraño que el mismísimo Gobernador apareciera cada dos o tres domingos por la plaza, escuchara atentamente alguna de las jotas o marchitas, con la mano en el mentón y una nostálgica mirada perdida en la lejanía, y luego se acercara a felicitar al director del conjunto, que se hinchaba de orgullo ante tamaña distinción, no por repetida menos alta y honrosa.

Finalizado el concierto marchábase a paso militar la Banda, rumbo a su cuartel, se separaban entre suspiros las

parejas de novios, y en pocos instantes quedaba desierta y silenciosa la Plaza de la Matriz, aguardando la alegría de una nueva retreta.



El lechero

Como el primitivo tambo del vasco José Urán estaba instalado en las inmediaciones de la Fuente de las Canarias, ocupando un espacioso barracón que se alzaba en medio de los arenales de la Playa de la Aguada, el vecindario de San Felipe y Santiago divertíase de lo lindo a expensas de aquella proximidad, tan propicia ciertamente a suspicacias y a bromas intencionadas.

Y así, cuando el zambo Toribio Pintos hacía su entrada a la ciudad por el Portón de San Pedro, con las primeras luces del amanecer, jinete en su caballo colorado, y dispuesto a repartir entre su invariable clientela los cuarenta litros de leche que a tal fin entregábale el vasco, cuantos con él se cruzaban creíanse en la obligación de gastarle una cuchufletita luego del habitual saludo. Desde el sereno que retornaba a su casa, ya concluida la misión nocturna, hasta el soldado de guardia en la puerta del Cabildo, todos coincidían en el propósito de fastidiar al zambo con alguna maliciosa alusión.

—¡Mira que el agua de los manantiales es muy salobre, Toribio!

—¿Hoy bautizaste la leche o la dejaste infiel?

—¡Qué sería de tu negocio si a la fuente se le ocurriera secarse!

Toribio retrucaba a cada pulla en igual tono festivo, siguiendo la jarana. Era amigo de todos, y merced al carácter callejero de la tarea que desde años atrás venía desempeñando, habíase convertido en uno de los tipos más populares de la ciudad.

En realidad, la leche que él vendía iba a la vasija del consumidor tal cual salía de la ubre de la vaca. Y durante

el invierno, cuando los terneros del vasco Urán ya estaban grandes, aquella leche, de ordinario gorda y siempre purísima, convertíase en un verdadero “apoyo”, como gustaban decir ya por entonces las buenas amas de casa.

Las negras sirvientas solían desnatarla cuidadosamente, para después batir esas natas y elaborar con ellas la sabrosa manteca casera. Pero sin olvidarse nunca, por supuesto, de reservar una taza de aquel “apoyo” al patrón, que lo bebía a sorbos lentos luego del almuerzo o la cena, prefiriéndolo al más exquisito de los postres.

Toribio no pregonaba su mercadería por las calles, como lo hacían los aguateros, o los panaderos, o cualesquiera de los demás vendedores a domicilio que abundaban en tiempos del coloniaje. Ninguna necesidad tenía de hacerlo, ya que contaba con mayor número de marchantes que de litros de leche a negociar. Y hasta veíase en figurillas muchas veces —sobre todo durante los meses invernales, cuando escaseaba el producto— para distribuir equitativamente el contenido de las cuatro grandes damajuanas que portaba a lomos de su cabalgadura, dos a cada costado, dentro de toscas árganas de cuero crudo cosidas con gruesos tientos. Un litro allá, medio litro acá —y hasta cuarto, a veces—, según la cantidad de niños que hubiera en cada familia, iba dejando Pintos sin que, como es corriente en tales casos, nadie quedara conforme con la cuota que se le asignaba.

Pero llegaba el verano y con él la abundancia del producto. Y entonces el bondadoso zambo se sentía feliz de poder satisfacer todas las demandas, resarciendo con creces a cada marchante de las limitaciones padecidas durante los meses malos, que obligaban muchas veces a tomar con agua el chocolate, infaltable en el desayuno de cualquier montevideano de la época.

Uno de los argumentos que gustaba exponer Toribio con orgullo, cada vez que alguna desconfiada matrona

ponía en duda la calidad de la leche por él distribuida, era que el propio Gobernador Elío figuraba entre su selectísima clientela.

—Y si el Señor Gobernador la toma y la encuentra buena es porque la leche sirve, no por mi linda cara, me parece, amita—terminaba diciendo entre sonoras risas el lechero, dejando a la recelosa dama con un palmo de narices. Pero ella, a su vez, se desquitaba del fiasco comentando en las tertulias de amigas:

—Nosotros compramos leche del tambo del vasco Urán. La que reparte Toribio y consumen las mejores familias de la ciudad. Entre otras, la de nuestro Excelentísimo Señor Gobernador.

El blandengue

—¡Trinidad! ¡Trinidad! ¡Mira qué buen mozo ese soldado! ¡Y qué uniforme tan requetebonito lleva! ¿Será del Cuerpo del Fijo?

—¡Cállate, mulatazonga! ¿No ves que es un blandengue?!

Y las dos criadillas de la familia Solsona, con las cabezas muy juntas asomando por la entreabierta ventana del piso alto, contemplaban absortas al bizarro mocetón uniformado que iba pavoneándose, seguro de su importancia, por la calle de San Pedro hacia el mar.

De pronto volvió el soldado la cabeza y ambas mulatas lanzaron al unísono una exclamación de asombro.

—¡Pero si es un negro, Trinidad! ¡Si es uno de los nuestros! ¿Tú habías visto alguna vez soldados negros?

—Nunca, desde que me conozco por gente, Carolina. Los tiempos cambian, ¿eh?

—Seguramente que sí.

—Yo a veces pienso...

Un violento codazo cortó a Trinidad la frase. Y una carcajada sonora de su compañera la turbó todavía más.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loca?

—¡Qué he de estarlo! ¿Sabes quién es ese blandengue negro? ¡Pues ni más ni menos que el liberto Indalecio —y al decirlo, Carolina seguía riendo de puro feliz ante el descubrimiento, puesto que era con aquel moreno, ahora más apuesto que nunca, con quien había soñado poder casarse algún día.

(1) El uniforme del Cuerpo de Blandengues de la Frontera, creado en 1779, constaba, según don Isidoro De María, de "casaca corta y calzón azul, de alzapón ancho con tres botones; vuelta, solapa, chupa y collarín encarnado, con galón estrecho y botón dorado. Capote de bastones aplomado".

En tanto, el soldado se alejaba calle abajo, piropeando negritas y saludando con aire satisfecho a cuantos conocidos encontraba a su paso.

—¡Adiós, Indalecio! ¿Ya no conoces a los viejos amigos?

Era el negro Ramiro, su antiguo compañero en los candombes de la costa sur, que lo saludaba desde la esquina de San Benito, recién dejada atrás por el blandengue.

Volvió sobre sus pasos Indalecio y se abrazaron. Luego Ramiro lo abrumó a preguntas.

—¿Desde cuándo admiten negros en el Cuerpo de Blandengues?

—Desde que sean personas decentes y quieran enrolarse, y haya alguna plaza vacante.

—¿Y tú cuándo ingresaste?

—Hace seis meses, por recomendación del Ayudante Mayor don José Artigas, del que ahora soy asistente, negro curioso.

—¿Y qué hacen en la campaña los blandengues?

—Perseguir a los contrabandistas portugueses que se están llevando toda la hacienda de esta Banda, mantener a raya al cuatreraje y reprimir los malones de los indios. Es una misión difícil y peligrosa, Ramiro. Hay que tener coraje para desempeñarla. Sobre todo si se sirve a órdenes de un hombre como el Ayudante Mayor Artigas, que no anda hurtando el bulto al enemigo.

—Sin embargo te veo aquí libre de riesgos, paseándote muy orondo por la calle.

—He venido acompañando a mi Jefe, que trajo un recado de su Comandante, don Cayetano Ramírez de Arellano, para su excelencia el Gobernador Ruiz Huidobro. Me ha dado franco todo el día de hoy, porque mañana de madrugada partiremos rumbo al Chuy. De allá saldremos en seguida para el Cerro Largo, donde anda haciendo de

las suyas una banda de cuatrerros venida del Brasil.

—Te has vuelto un hombre importante por lo visto, Indalecio.

—Soy un soldado del Cuerpo de Blandengues de la Frontera, y estoy bajo el mando de uno de los hombres más valientes que lo integran. ¿No es motivo suficiente para que un pobre moreno como yo se sienta satisfecho?

—Pues cuando se nos echen encima esos ingleses del demonio que están ya en Maldonado no te envidiaré la suerte, bravucón.

—Es cuando más razones tendrás para envidiármela, desde que me toque combatir contra ellos. Soy un blandengue, no lo olvides, Ramiro, y aspiro a mantenerme siempre digno de mi gran Jefe. Hasta la vista, negro preguntón.

Y luego del amical abrazo de despedida, continuó Indalecio luciendo su arrogante estampa por la calle de San Pedro, entre los suspiros y los cuchicheos de las enamoradizas morenas con quienes se cruzaba.

El barbero

—¡Date prisa, Crispín, que hoy tenemos reunión en el Cabildo y ya se acerca la hora! ¡Mueve menos la lengua y más las manos, botarate!

Mientras de tal manera rezongaba, el empingorotado cliente mirábase de perfil en el espejo, para asegurarse de que el barbero le hubiera rizado a su gusto aquellas descomunales patillas de que tan orgulloso se sentía.

—Perdóneme, Excelencia. Estaba asentando la navaja para no irritar esa sensible piel que Dios le dio. ¿No me acaba de decir que la encontraba demasiado áspera?

Halagado por el distinguido trato que el buen Crispín dispensábale, y dándose por satisfecho con las excusas y razones de éste, el señor cabildante se repantigaba en el asiento a esperar, ya más tranquilo, que el parlanchín rapabarbas prosiguiera rasurándole el mentón y el labio superior, que eran las únicas partes del rostro que se afeitaban los hombres distinguidos, de acuerdo con la moda de entonces.

En tanto que, bacía y jabón de España en mano, llenaba de burbujeante espuma la faz de aquel solemne personaje, Crispín reanudaba su copiosa cháchara, que el otro oía en silencio o contestaba con monosílabos.

Todas las novedades de la aún aldeana población de San Felipe y Santiago parecían haberse concentrado en el magín del barbero, para de allí ir pasando, por riguroso orden de importancia, a su infatigable boca. Chismes, rumores, hechos verídicos, chascarrillos en boga, sucedíanse en ininterrumpida avalancha. Luego venían las preguntas, solapadas, astutas, ingeniosas, alternándose con oportunos y discretos halagos, que concluían

invariablemente por desatar la lengua del interrogante.

Y así Crispín íbase enterando de cuanto quería saber. Qué planes tenía el Cabildo sobre tal o cual asunto de actualidad. Qué noticias recientes habían llegado acerca de los problemas políticos y militares de España. Qué acuerdos o desavenencias existían entre el Gobernador de Montevideo y el Virrey bonaerense. Todo aquello, en suma, que un barbero fiel a la tradición de su oficio ha estado siempre en la obligación de conocer, para después propalar y comentar a sus anchas, añadiéndole los aderezos que estime necesarios.

Salía de la barbería el señor cabildante, revoleando el bastón y pavoneándose para llamar la atención de los transeúntes, y tocaba entonces turno al señor boticario, o al señor tendero, o al señor Comandante del Cuerpo del Fijo, puesto que la clientela de nuestro fígaro procedía de lo más granado de la sociedad montevideana de aquellos tiempos.

—Hasta el propio Gobernador Ruiz Huidobro figura entre mis selectos marchantes —solía decir con orgulloso alarde Crispín—. Y bien satisfecho que está por cierto de mis modestos servicios.

Y decía verdad, según podíanlo comprobar personalmente cuantos concurrían a su establecimiento.

La "Barbería de Su Majestad Carlos IV", que tal era el pomposo nombre del negocio, estaba a mitad de cuadra, sobre el lado sur, en la calle de San Pedro, entre las de San Felipe y San Francisco. Lástima que debajo de esa real denominación, escrita con verdadero primor caligráfico en el frontispicio de la casa que ocupaba, ostentaban su fealdad contrastante una enorme bacía de latón y unas tijeras del mismo material, y de no menor tamaño, que pendían de un ganchito de hierro empotrado en la pared.

Aparte de rasurar mentones y bigotes, de rizar patillas y de tijeretear y aceitar ilustres cabelleras, Crispín se

dedicaba al no muy rendidor trabajo de extirpar muelas cariadas, sin perjuicio de las sangrías a lanceta que también practicaba, en amistosa competencia con don Luis Guzmán y otros boticarios y barberos de entonces, muy pocos, por lo demás.

Pero, más que en sus habilidades profesionales, la prosperidad de su negocio radicaba en su verba pintoresca y en su siempre nutrida información, que lo convertían en un verdadero diario oral para los montevideanos de comienzos del siglo XIX.

El vendedor de velas

—¡Baratitas, marchante! ¡Baratitas y buenas!

Todo el día—con el solo intervalo destinado al almuerzo frugal y a la reparadora siesta, si era verano— oíase retumbar por las calles de la ciudad el bronco vozarrón del liberto Timoteo, cuyo timbre inconfundible había llegado a hacerse familiar a las criadas y a las amas de casa.

—¡A un cobre las velas chicas! ¡Las grandes a dos cobres!

Desde que el bueno de don Antonio Gaitán, a quien sirviera como esclavo años atrás, lo había manumitido voluntariamente, respondiendo a un natural impulso de justicia, explotaba Timoteo, con la ayuda de su mujer Juliana, aquella industria casera de la cual vivían ambos.

Mientras él recorría las calles ofreciendo la mercadería, la hacendosa negra, en el modesto rancho de la Aguada, pasábase de la mañana a la noche fabricando velas. Primero cortaba y retorció pacientemente las mechas de estopa o de trapos viejos que servirían de pabilos; después las sujetaba, espaciadas, de una recta vara de membrillero o de sauce; y en último término, sentándose junto al fuego, donde ya había puesto a derretir el cebo en un gran tacho de hierro, iba sumergiendo las seis u ocho mechas dentro del hirviente y crepitante líquido. Las sumergía y las sacaba a orear al aire. Apenas cuajado el sebo, volvías las a introducir en el tacho, quitándolas de nuevo para que tornaran a solidificarse. Las velas tomaban cuerpo poco a poco, merced a aquel procedimiento, que se repetía hasta darles el espesor deseado.

—¡Baratitas, marchante! ¡A un cobre y a dos cobres!

Cuando la garganta de Timoteo reclamaba un descan-

so, el negro suplantábala con el cencerro de estridente timbre que a tal efecto llevaba siempre consigo, y cuyo anuncio era también reconocido entre todos los demás por los posibles clientes.

Sin embargo él prefería utilizar su voz, por considerarla más eficaz que el tintineo del cencerro. Y por otra razón inconfesada, además. Porque se sentía muy orgulloso de ella. A despecho de su aspereza, le resultaba grato oír la resonar por todo el ámbito de la ciudad colonial, superando en potencia y vibraciones a la de cualquier otro pregonero, y haciéndose oír hasta por los propios sordos.

Los observadores que se habían dado cuenta de su ingenua presunción, divertíanse estimulándola con palabras como éstas:

—Timoteo, cuando grita, es capaz de despertar a un difunto.

O como estas otras:

—Ya quisiera el mismísimo Lecor tener tu voz, moreno.

Y el candoroso negro, que aunque empezaba ya a mostrar nieve en las motas mantenía el alma fresca y pura, como la de un niño, sonreíase feliz al escuchar comentarios cuya malicia era incapaz de advertir, y se desgañitaba todavía más gritando:

—¡Baratitas y buenas! ¡Aproveche, marchante!

El itinerario de Timoteo era invariablemente el mismo. Por la mañana recorría la ciudad de Este a Oeste y viceversa, utilizando para el acceso a ella el Portón Nuevo, como acostumbraban a llamar las gentes al de San Juan, y comenzando su trayectoria por la calle de San Ramón para concluir la en la de San Miguel. Por la tarde eran las calles transversales las elegidas para completar cada jornada.

Pendiendo del brazo derecho el cesto de mimbre con asa curva y ancha, que él mismo había tejido, y por cuyos bordes asomaban las velas parejamente alineadas, veíase

cada día al liberto recorrer las mal empedradas calles montevideanas, en tiempos de la dominación portuguesa, repitiendo aquí y allá con su áspero y estentóreo vozarrón:

—¡Baratitas! ¡A un cobre y a dos cobres! ¡Baratitas y buenas!



El pajarero

—¡Boyeros nuevos del Santa Lucía, que silban como flautas! ¡Zorzalitos y calandrias de primera pluma! ¡Jilgueros cabeza negra, baratitos y cantores como canarios!

Con los dos grandes y toscos jaulones de cañas —que él mismo construyera— balanceándose a sus flancos, en el vaivén de la marcha, recorría periódicamente las mal empedradas calles de San Felipe y Santiago el viejo Juan Castillo, un pintoresco personaje que se dedicaba a la caza y venta de pájaros, allá por los comienzos del siglo XIX.

Hijo de andaluces, había heredado de sus padres la picardía y el gracejo propios de la raza, como así también la riqueza imaginativa y el hábito de exageración que la caracterizan.

Menguado de talla, con unos ojos de mirada vivaz e inteligente, que relampagueaban sin descanso entre la espesa maraña blanca de las cejas y las barbas, su figura se había tornado familiar para los habitantes del plácido Montevideo de entonces, que gustaban jaranear con él y se complacían buscándole la lengua, para poder oír sus inverosímiles pero siempre pintorescos relatos.

—¡Mirlos de los bañados de Carrasco! Cardenales de los montes del Río Negro! ¡Cotorritas bien habladas, respetuosas y obedientes, que yo mismo enseñé como Dios manda!

Al escuchar su pregón salían a la puerta de los zaguanes las pizpiretas mulatillas de los mandaletes, con encargo de sus amas de hacer pasar al pajarero hasta el patio, para poder allí examinar a sus anchas las aves que ofrecía. No fuera cosa de que el astuto Castillo les quisiera vender tordos por mirlos, o espineros por zorzales, como según

comentarios generalizados había ocurrido ya más de una vez.

Contábase que a una dama de alcurnia, muy regateadora en los precios, motivo por el cual no le resultaba nada simpática, el viejo Castillo habíale ofertado en cierta oportunidad lo que él llamara un loro bataraz, valiosísimo ejemplar, según sus palabras, de una especie ya casi extinguida, que hablaba poco menos que como un preceptor. “Hasta a cantar aprende, si quien se lo enseña tiene una voz melodiosa como la suya, misia Francisquita”, habría acabado diciéndole el muy locuaz pajarero. Y la empingorotada señora, contenta por el elogio, olvidó sus regateos y adquirió el ave, casi implume todavía, pero que una vez crecida resultó una vulgar lechuza.

Anécdotas como aquella atribuíanse muchas al socarrón Castillo, el cual, cuando alguna posible compradora las traía a colación, limitábase a responder con una ambigua sonrisa:

–A quien mucho regatea le toca el ave más fea, dice un refrán de mi tierra.

Pero la verdad era que, fuese justo o injusto lo que de él se decía, a Castillo recurrían todas las familias montevideanas que, para solaz propio o para envidia de sus relaciones, anhelaban poseer un loro parlanchín o una calandria de armonioso canto.

El viejo pajarero iba a cazar a sitios muy distantes de la pequeña ciudad colonial, en cuyos alrededores residía, muy cerca de los Pozos del Rey. Lo llevaban consigo los carreros de la época, en sus rústicos vehículos toldados de cuero crudo, hasta los espesos montes del Santa Lucía, del Yi, del Río Negro, y a veces hasta del lejanísimo Cebollatí. Allá, en aquellas soledades no exentas de peligros, pasaba Castillo largas temporadas armando sus “aripucas”, o acechando los nidos de boyeros y zorzales, a la espera de que los pichones estuvieran “a punto”, como él gustaba decir.

De regreso de tan largas expediciones, con las dos jaulas cañizas atiborradas de una inquieta y vocinglera carga, rumbo hacia los portones de San Juan o de San Pedro. Y ya dentro del recinto de la amurallada ciudad colonial, oíase su característico pregón, mezclado al de panaderos, lecheros, vendedores de velas y otros proveedores:

—¡Boyeritos que silban como flautas! ¡Zorzales y calandrias de primera pluma! ¡Loros que aprenden a hablar hasta en latín!...



El tipógrafo

Cuentan viejos cronicones que para los vecinos de la Plaza de la Matriz y adyacencias, allá por las postrimerías de la primera década del siglo XIX, y los comienzos de la segunda, constituía un grato pasatiempo ir a reunirse en la pieza del Cabildo donde estaba instalada la pequeña imprenta real, a la que todos llamaban “La Carlota”, en razón de haber sido la princesa de ese nombre, hermana del Rey Fernando VII, quien la hiciera llegar desde Río de Janeiro, mediante los buenos oficios del conde de Linares.

No era aquella la primera imprenta, cronológicamente hablando, que funcionara en la tranquila ciudad colonial de San Felipe y Santiago, pues ya en el mes de mayo de 1807 habían traído la suya los invasores ingleses con el fin de editar “La Estrella del Sur”, periódico bilingüe de tan efímera duración como el dominio de quienes lo fundaron, lo cual no empaña el mérito de su prioridad en la historia de la prensa oriental.

Según acta del Cabildo fechada el 24 de setiembre de 1810, la infanta doña Carlota Joaquina, “Serenísima Princesa del Brasil”, había enviado la nueva imprenta “a esta fidelísima ciudad, con el loable objeto de fijar la verdadera opinión de los pueblos de este continente”. Y para dar cumplimiento a tal propósito empezó a publicarse en ella “La Gazeta”, a partir del mes de octubre de ese mismo año, vendiéndose a dos reales cada ejemplar del flamante semanario.

Pero si el vecindario se reunía en el pequeño taller donde funcionaba “La Carlota”, no era por conocer de antemano las noticias que daría el periódico sino por ver trabajar a Pepe Varela, el tipógrafo venido desde el Brasil

con la imprenta, un español chacotero y de verba pintoresca, extraordinariamente ducho en el arte de alinear tipos en el rudimentario componedor de nogal, revestido de hojalata.

Los dedos del tipógrafo movíanse con increíble velocidad sobre las cajas en cuyos compartimientos, por riguroso orden alfabético, se amontonaban los moldes de las letras de entonces, toscos, gruesos y pesados. Y de ese picoteo ágil, que algún chusco llegó a comparar al de una gallina hambrienta cuando come maíz, surgían una tras otra las líneas de la columna, en las cuales muy rara vez se deslizaba un error.

Después prensaba Varela la “forma”, con no menor destreza, y empuñando el cilindro de mango de madera, forrado con piel ovina, cumplía la nueva etapa del proceso, que era la de entintar.

Mientras trabajaba, no cesaba de bromear y de hacer cuentos de su tierra natal, en los que la imaginación solía jugar con frecuencia rol preponderante.

—Pepe es el único trabajador que siempre está contento cuando hace su tarea —solía aventurar algún mirón, entre sonrisas y guiños.

—Será porque se siente orgulloso de su oficio —decía otro—. Y en verdad que si yo fuera tipógrafo lo estaría también, por mucho que me embadurnara las manos con esa sucia tinta.

—¿Y cómo no voy a estar contento y orgulloso —replicaba Varela, muy orondo—, si mi trabajo atrae más público que los discursos del mismísimo señor Gobernador?

Celebraban los espectadores su ocurrencia con grandes carcajadas. Y el alegre tipógrafo proseguía su tarea hasta las doce en punto, hora en que abandonábala para ir a almorzar en la fonda del vasco Etcheverry, distante apenas dos cuadras, y donde, según él, estaba el mejor vino de Málaga que podía beberse en toda la ciudad.

El mate dulce

—Vete en una corrida a casa de las Gurméndez, Micaela, y dile a Misia Amparo que el domingo la espero por la tarde para tomar el matecito dulce con bizcochos. Y que no deje de traer las niñas.

Volaba más que corría la mulata por la empedrada calle de San Carlos hasta su cruce con la de Santo Tomás, torcía por ésta a la izquierda, y en un santiamén veíasela golpeando el llamador de bronce—con forma de terrorífica cabeza de Medusa— que resplandecía en la puerta del zaguán de Gurméndez, caballero de alto rango que desempeñaba un cargo muy principal en la Aduana primitiva de San Felipe y Santiago.

Acudía al requerimiento la negrita Milagros, tan pizpireta como Micaela, y ésta le trasmitía el mensaje de su ama para Misia Amparo, no sin haberse susurrado previamente entrambas al oído todos los chismes recogidos de la servidumbre de las casas vecinas.

La respuesta era por lo general una aceptación lisa y llana del convite. Y al promediar la tarde del domingo, muy emperifollada y solemne, con un aire digno de su posición social, llegaba la señora de Gurméndez al caserón de la calle de San Juan en que vivían los Solsona, otra de las familias de abolengo de la ciudad que medio siglo antes había fundado Zabala. Con no menor distinción en atuendo y en modales, flanqueábanla las “niñas” Concepción y Dolores, dos robustas y ya casi treintonas mozas a las cuales Natura no hiciera muy agraciadas, motivo acaso de la soltería que ya empezaba a pesarles, y mucho más por cierto a Misia Amparo.

Si era verano, formaban rueda invitante e invitadas en

la amplia glorieta revestida de glicinas y de madreselvas. Y si hacía sentir el invierno su inclemencia, agrupábanse ante la estufa del comedor inmenso, donde llameaban chisporroteando generosos leños.

Micaela, toda almidonada y con una ancha cinta de seda roja emergiendo de entre la manta negrísima, iba y venía de la cocina portando el descomunal mate de loza, cuyo centro de forma esférica simulaban sostener dos angelitos dorados y mofletudos. En la bandeja de historiadada plata, no menos ostentosa, amontonábanse los bizcochitos de anís, recubiertos por una impoluta capa de confitura. El cedrón y la canela, mezclados con la gruesa yerba paraguaya utilizada en la época, a la vez que templaban y hacían más exquisita la infusión, conjuntamente con el azúcar quemada, aromaban el aire con sus fragancias cordiales. Y la cháchara femenina, salpicada de risas alegres, expandía sus ecos por todo el ámbito de la espaciosa casona.

A veces era la propia Misia Inés, o su hija Antonia, quienes se encargaban de la cebadura, deseosas de lucir habilidades en aquel novedoso menester. Porque el mate dulce era a la sazón "la última palabra de la moda" en el seno de la alta sociedad colonial. De origen humildísimo, lo mismo que el amargo, había ido escalando posiciones con increíble rapidez, hasta verse de pronto compitiendo con el tradicional chocolate, al que incluso consiguió aventajar, por largos años, dentro de las antiguas costumbres familiares.

—Me han dicho que las de Maturana todavía no toman mate dulce. Y hasta que lo desprecian por plebeyo, Misia Amparo.

—Esas siempre han sido muy anticuadas y muy conservadoras, Misia Inés. Pero ya las hemos de ver chupeteando la bombilla de la mañana a la noche.

—¡Necias! ¡No saben lo que se están perdiendo!

Y así, entre noticias y pullas, sorprendía la nohcecita a las amigas, que entonces se despedían con la solemne promesa, por parte de Misia Inés y Antoma, de ir el domingo siguiente a pagar la visita a las Gurmendez, las cuales, por supuesto, habrían de esperarlas también con un rico mate dulce.



El aguatero

—¡Agüita frescaaa!... Agüita frescaaa!...

Por las estrechas y desaparejas calles de la soñolienta ciudad, que aquel sol implacable de enero, con sus rayos de fuego, tornaba más desiertas aún que de costumbre, iba traqueteando, al paso lerdo de una yunta de bueyes barrocos, la carreta del aguatero Macario Sandoval. Y en el centro del rústico vehículo, amarrada por el maneador de cuero crudo a las fuertes estacas de madera, veíase la enorme pipa rezumante que el fornido mocetón había llenado, hasta casi desbordarla, en los generosos manantiales de la Aguada.

—¡A medio real las tres canecas! ¡Baratita y fresca!...

Penetrando a la pequeña ciudad amurallada por el Portón de San Pedro, descendía Macario hacia la costa por la calle de San Diego, donde vivían sus mejores marchantes. Y al oír el pregón incitador ibanse asomando a las altas y pesadas puertas de las antiguas casonas montevidéanas las negras o mulatas de la servidumbre, vestidas con prendas de chillones colores, parlanchinas y alegres como siempre, a despecho del calor agobiante.

—¡Aquí primero, que desde ayer estamos muriéndonos de sed!

—¡No, no, primero a nosotros! ¡Ellos todavía tienen un poquito de agua en el aljibe!

—¡Eso es falso! ¡Ya se nos terminó!

Mientras algunas criadas se disputaban, entre bromas y veras, la prioridad en el aprovisionamiento del preciado líquido, otras aprovechaban aquella favorable coyuntura para secretar de prisa, intercambiando novedades y chismes.

Y Sandoval entre tanto, sin disimular el orgullo que le producía el sentirse más importante allí que el propio Gobernador, pero rigiéndose por un estricto sentido de justicia, iba distribuyendo el agua casa tras casa, en riguroso orden de ubicación.

Llenábanse del transparente líquido, no por salobre menos anhelado, las panzudas tinajas de barro, colocadas en los rincones de los patios amplísimos, y protegidas de la ardorosa canícula por una sombra espesa de parrales o de madre selvas.

Contaba Macario cachazudamente las monedas con que la clientela pagábale el suministro, las hacía desaparecer una tras otra dentro del tosco bolsón de piel vacuna que pendía de su cintura, y se marchaba luego calle abajo repitiendo el pregón:

—¡Agüita frescaaa!... ¡A medio real las tres canecaaas!...

Los demás aguateros de la ciudad solían reprocharle su comportamiento. Porque ellos se anunciaban simplemente por medio del tintineo de los cencerros colgados del pescuezo de sus bueyes. Y Sandoval, al emplear el vozarrón potente que habíale dado Natura, y que únicamente era capaz de superar el del liberto Timoteo, el vendedor de velas, lograba por supuesto mayor éxito.

—¡Pues procedan ustedes como yo —les replicaba el muy ladino de Macario—. ¿O es que no gritan por miedo de asustar a los marchantes?

Convencidos los otros de que él tenía razón, optaron por imitarlo. Y desde entonces fueron muchas las voces que se sumaron a la suya para pregonar aquí y allá, desde la Ciudadela hasta el Puerto, interrumpiendo el silencio de las siestas estivales que amodorraban a la población:

—¡Agüita fresca y barataaa!... ¡A medio real las tres canecaaas!...

La serenata

–Te necesito esta noche, Casimiro.

–Usted manda y yo obedezco, señorito Juan.

–Mañana cumple años mi novia y quiero despertarla a las doce en punto con una serenata. Escogerás una canción de amor, bien linda y delicada, y la cantarás como solamente tú sabes hacerlo. El premio a tu servicio será nada menos que una flamante onza de oro, de las que comienzan recién a circular.

A Casimiro Robles, el más popular de los cantores que por entonces había en San Felipe y Santiago, le relampaguearon de alegría los vivaces ojos negros. Acostumbrado a obtener un puñadito de cobres cuando se apostaba con su guitarra, por las tardecitas, frente a la Ciudadela o al Cabildo, la recompensa que ahora le ofrecía el señorito Juan Carrasco, hijo de un encumbrado personaje de la época, parecióle algo realmente fabuloso.

–Dedicaré a su novia el mejor de mis cielitos
–respondió.

–Bien. Espérame a las once y media en la Matriz.

Y a la hora convenida volvieron a encontrarse los dos hombres frente al atrio de la iglesia. Juan, embozado en una amplia capa azul, con bordes de terciopelo carmesí. Casimiro, envuelto en su ponchito criollo, bajo el cual ocultaba la guitarra para preservar sus cuerdas del relente nocturno.

Tomaron ambos la calle de San Carlos y caminaron sigilosos por la desierta ciudad colonial, hasta llegar a la esquina de San Benito. Allí se detuvieron, siempre en silencio, junto a una señorial casona de dos plantas, con enormes ventanas enrejadas, abajo, y balcones con balaustradas de mármol en el piso superior.

La señal que aguardaban no tardó en llegar. En el silencio de la plácida noche otoñal, retumbó grave y potente la voz del mulato Remigio Viera, típico personaje del Montevideo de aquel tiempo:

—¡Las doce han dado y sereno!

Entonces, bajo el balcón que Juan Carrasco indicara, sonaron dulces y armoniosos los acordes de la guitarra tañida por Casimiro. Y tras el breve preludio musical esparcióse melodiosa, varonil y firme, la voz del popular colega de la famosa Victoria la Cantora:

*Dos estrellas perdió el cielo
cuando tú naciste, amor,
pues Dios mismo en tu carita
por ojos las colocó.
Cielito, cielo, cielito,
cielo de la juventud,
no hay para mí noche oscura
desde que me miras tú.*

A esas dos primeras estrofas del cielito sucedieron otras cuatro, no menos delicadas y henchidas de sentimiento amoroso que las iniciales. Y cuando finalizó la serenata, mientras la celosía entreabríase cautelosamente, y lo ojos de la agraciada moza a quien fuera destinada procuraban en vano atravesar las sombras de la noche, para distinguir a los hombres que se movían abajo, se escuchó la dedicatoria de aquella galante ofrenda, dicha en voz clara y firme por el propio Casimiro Robles:

—A la bellísima niña María Vargas, en la fecha de su onomástico, ofrece cariñosamente esta humilde serenata su prometido y ferviente adorador Juan Carrasco.

Un “muchísimas gracias”, dado con acento trémulo a causa de la emoción, y una tardía rosa de otoño caída desde la balaustrada, fueron la respuesta gratísima obtenida por el enamorado mancebo.

Volvió a su lecho la moza, entre un susurro tenue de puntillas y encajes, mientras el corazón le saltaba fuertemente en el pecho. Retornó el galante novio a la vivienda paterna. Y Casimiro Robles, por su parte, se quedó largo rato inmóvil en mitad de la calle, contemplando con ojos asombrados la onza de oro nuevecita que relucía en la palma de su mano, y a la cual, de tanto en tanto, aplicaba un mordisco para asegurarse de que era una moneda de verdad y no su ficticia imagen, entrevista en algún hermoso sueño.



El candombe

Había amanecido espléndido aquel domingo de enero. Y el lustroso negrito Francisco andaba desde muy temprano que no cabía en sí de gozo.

La víspera su amo, don Ignacio Carrasco, linajudo habitante de la muy Fiel y Reconquistadora ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo, prometióle que le daría permiso, en mérito a su buen comportamiento semanal, para intervenir en el candombe de los mozambiques, que se realizaría como de costumbre en la costa, cerca del Cubo del Sur.

Sobrada explicación tenía aquel júbilo indisimulable del garrido moreno. Era la primera vez que iba a intervenir en la fiesta tradicional de los suyos. Y la cálida sangre de la raza, anticipándose al vaivén de sus piernas, le bailaba sin tregua en las venas como impelida por un ritmo irresistible, que solo él podía oír.

Al promediar la tarde, vestido con sus chillonas prendas domingueras, y brillantes de aceite de paltas mezclado con patchulí las renegridas motas, marchó Francisco por el paseo del Recinto en dirección al Sur.

Ya estaba el sitio rebosando de gente. Negros y negras de todas las edades, desde las espigadas morenitas veinteañeras hasta los viejos achacosos y de nevada pelambre, se aprestaban a lucir sus habilidades en aquellas danzas traídas del África lejana, y que ejercían sobre sus almas primitivas una especie de sortilegio ancestral. La pista, suavizada y nivelada con arena de la costa, parecía invitar a toda clase de hazañas coreográficas. Y el marco que ofrecían al candombe los espectadores blancos, entre los que figuraban los más encopetados señores de la

ciudad... muy tiesos dentro de las relucientes chaquetas de pana y los vistosos calzones azules o dorados, y las matronas de enhiesto peinetón, reluciente gargantilla y vestido de amplio ruedo y talle ajustadísimo, llenaba de un legítimo orgullo a toda la morenada.

Dio por fin la señal de comienzo el viejo rey José Lemos, con su cetro historiado por extraños signos; retumbó el cuero de los tambores de bien templada lonja, a cuyo incitante repiqueteo mezclóse el son borroso que desgranaban rítmicamente las marimbas toscas; y docenas de encallecidas manos palmotearon con estruendo al compás de aquella antigua música selvática, que esparció reminiscencias tribales por todo el ámbito de la ciudad colonial, de ordinario tranquila y silenciosa.

—Calungá cangué... Calungá cangué...

Un centenar de voces se unió a la del tío José, engolada por la importancia que su alcurnia real concedía al anciano negro, alzándolo momentáneamente sobre su humilde y triste condición de esclavo.

—Llumbá... eé... Llumbá...

Sucedíanse los cánticos rituales de la raza. Y mientras tanto, cuerpos cimbreantes y ágiles, piernas incansables, brazos y cabezas sacudidos con armoniosa precisión, ojos en éxtasis, hacían de aquella danza, cada vez más animada y frenética, un espectáculo de apasionante interés, que toda la concurrencia presenciaba con profunda atención.

Circulaba de tanto en tanto el platillo de la tía Simona, cosechando monedas de cobre para la colectividad mozambique. Agotaban sus provisiones los vendedores de rosquitas dulces, de pasteles, de alfajores. Y los refrescos de a vintén suavizaban con frecuencia paladares y gargueros.

El negrito Francisco hacía prodigios de agilidad y destreza con su fino y escultural cuerpo de ébano. Y también los hacía la morenilla Juana, con la cual venía

noviando desde tiempo atrás. Uno y otra conquistaban las mejores palmas de los entusiasmados concurrentes. De ahí la euforia de ambos. Y la alegría que les brillaba en los ojos cuando ya entre dos luces, terminado el candombe, se fueron de bracete a celebrar su triunfo con golosinas, limonadas y recíprocas promesas de inalterable amor.



pescante de hierro, el farol ovalado con su vela de sebo en el centro, vela que él mismo colocara por la tarde y que habría de cambiar a media noche, hiciera buen o mal tiempo, lo que a sus años no dejaba de ser un sacrificio.

Mientras era temprano se aventuraban a seguirlo los gandules de siempre, ya con el taimado propósito de romper algún farol y huir luego en desbandada, ya con el de cantarle al negro viejo estos versitos zumbones, que no por repetidos dejaban de enfurecerlo hasta sacarlo de quicio:

*A Inocencio el farolero
todos los otros le ganan
aunque él empiece primero.*

Oyéndolos perdía los estribos el moreno. Y abandonando en plena calle mechero y escalera se lanzaba a perseguirlos, infructuosamente, por supuesto, sin detenerse a pensar que hubiera sido mucho más razonable hacerse el sordo ante una inofensiva broma de muchachos.

Pese a aquellos casi diarios contratiempos, y a alguna otra incidencia callejera que pudiese distraerlo aquí o allá unos minutos, el anciano farolero conseguía dar punto final a su trabajo antes del oscurecer, saborear el hervido y el jarro de vino carlón con que lo aguardaba la negra Petronila en la modesta casucha de las Bóvedas, y descabezar un sueñecito antes de salir a reponer, en la mitad de la noche, muchas veces empapado o tiritando de frío, aquellas velas de sebo que, para desdicha suya, duraban bastante menos de lo que él deseaba.

El panadero	5
El boticario	8
El pulpero	11
La retreta	14
El lechero	17
El blandengue	20
El barbero	23
El vendedor de velas	26
El pajarero	29
El tipógrafo	32
El mate dulce	34
El aguatero	37
La serenata	39
El candombe	42
El farolero	45

El farolero

Apenas se ponía el sol, ya empezaba el viejo negro Inocencio su cotidiana tarea de iluminar las calles de San Felipe y Santiago, a fin de que los escasos transeúntes nocturnos de aquella época no corrieran el riesgo de caerse al tropezar en el desparejo pavimento, o de sumergirse hasta los tobillos en alguno de los innumerables pozos de que estaba cubierto.

Y aun así le era menester apresurarse –sobre todo en invierno, cuando los crepúsculos tenían menor duración– para dar término a su labor antes de que hubiera cerrado totalmente la noche.

–Cierto es que no estaba a su exclusivo cargo la responsabilidad de atender el alumbrado público, pues a otros varios faroleros como él tenía contratados también el Ayuntamiento.

Pero cada uno de ellos cumplía sus funciones en un determinado radio. Y al buen negro no le hacía ninguna gracia, por supuesto, que sus colegas lo dejaran a la zaga en el cumplimiento de la obligación común, y se burlaran por añadidura de su lentitud.

Con la escalera al hombro y el mechero de estopa en la siniestra mano, avanzaba Inocencio a toda la prisa que le permitían sus ya reumáticas piernas, remontando de Oeste a Este la calle de San Carlos, hacia la puerta de la Ciudadela. De allí tenía que retornar luego hacia el mar, pero por la calle de San Sebastián, para nuevamente volver rumbo a las murallas por la de San Ramón, tercera y última de las arterias de tránsito que constituían su radio.

En cada esquina lo aguardaba, bien amarrado al largo

Serafín J. García

*Estampas del
Montevideo Colonial*



SAR
9



BANDA ORIENTAL